

De zagala no fea,
Siendo por ello el cuento de la aldea.
Así, bien que esta vida,
En la mayor bajeza abandonada,
Fuese de muchos doctos celebrada,
Quizá no fué seguida
Ni con un querer libre apetecida.
¿Y quién dirá que menos
Que entre estos rudos y agrios materiales
Pueden brillar las lumbres naturales
En los pueblos amenos,
De gentes, de artes y de ciencias llenos?
Cual Dalmiro decía,
Aquel que siendo jóven fué á la guerra
De Portugal, las cortés vió, y la tierra
En donde empieza el día,
Y que portentos de ella refería.
Expuso la destreza
Con que á naturaleza vence el arte;
El órden con que todo se reparte;
La gala y la fineza,
Novedad grata y célebre grandeza.
Por esto el gran Carpento,
Cual te dije, pasar me determino,
Donde ver cosas grandes imagino;
Que, por más que esté atento,
Jamás las alcanzó nuestro talento.

DELIO.

Bien veo, noble Silvio, que has querido
Con tu voz y talento sin iguales
Dar pruebas de tu ingenio florecido,
Y mostrarnos, zagal, cuál bien te vales
De la enseñanza que en tus tiernos años
Te dió el mejor de nuestros mayores;
Mas la falta de edad y desengaños
Tras de tu ardor te lleva, y arrebatada
A padecer al fin duros engaños.
Y en no desengañarte fuera ingrata
Este día mi voz, que en lo propuesto
Contradecirte en modo humilde trata.

SILVIO.

Pues muévela, que á oírte estoy dispuesto;
Demás que sin su luz encaminado,
Nunca pensára de partir tan presto,
Nunca dejára tu amistad y lado.

DELIO.

¡Oh tres y cuatro veces bienhadado
El primitivo siglo delicioso,
Que, de otro no envidioso,
A ser llegó de todos envidiado;
Cuando el supremo Artífice del cielo
Bendijo el suelo
Do verdad santa
Selló su planta,
Todo era hartura,
Todo dulzura;

Y el hombre ufano un libre sér gozaba,
Amando sólo al dueño que admiraba!
Amable sencillez, que los humanos,
Ignorantes del bien que poseyeron,
Por su culpa perdieron
Con su maldad y pensamientos vanos;
¿Adónde, zagal, piensas que se ha huido,
Léjos del ruido
De los tiranos,
Que nada humanos,
Ciegos é injustos,
Huyen sus gustos?

¿Adó, si no es á nuestras heredades,
Con quien hizo perpétuas amistades?
Puerto tranquilo, sosegado suelo,
Donde del mar del mundo el bajel roto,
Huyendo el alboroto,
Encuentra el alma celestial consuelo,
¿Cuántos ya de tus árboles frondosos
Los dolorosos
Tristes vestidos,
Humedecidos,
Que de él libraron,

Ledos colgaron,
De aquí mirando, como de atalaya,
Los que ahogados el mar lanza en su playa!
Dichoso el que de aquí no ve los techos
Y patios de magníficos señores,
Torneados corredores,
A emulación de ajena pompa hechos;
Goza, sí, de más plácida morada
En sosegada
Fresca alameda,
Que vid enreda
Por prado ameno,
De flores lleno;

Que el rayo al más gentil torreon derroca,
Y al débil heno su poder no toca.
No del pastor los ojos se dirigen
A adorar oro, plata y falsas piedras;
Que con ajenas medras
Sobre el polvo en los pórfidos erigen;
Pero contempla en matizado suelo
Al raso cielo
Luces más bellas
De astros y estrellas,
Que hacen notoria
De Dios la gloria;

Pues solamente el cielo, y no el palacio,
Llenar puede del alma el ancho espacio.
Al rey no culpa con orgullo vano,
Ni su gobierno ó ley mudar quisiera,
Cual si Dios no tuviera
El corazón del rey siempre en su mano;
Que antes le alaba con afecto puro,
Porque seguro
Le ha conservado
Su haber y prado;
Y á tardos bueyes
Sólo da leyes;

Que el que á sí propio no se ha gobernado,
Mal podrá dirigir ajeno estado.
Contento el pastor vive con su suerte,
Sin mayorazgos de avarientos padres,
Que de ellos y sus madres
Por gozarlos se alegren en la muerte;
Pues donde la bajeza de su estado
Nunca ha pensado,
Ni se asegura
Mayor ventura
Que la que hoy tiene,
Y le conviene;

Cuando ver á su padre es el contento
Mayor del que al trabajo vive atento.
Jamás nadie le vió que á hierro duro
Sus senos rompa á la primera madre,
Ni sus venas faladre,
Osando despojar su claustro oscuro;
Antes en su vergel sólo apetece
Lo que le ofrece
Abierto el pecho,
Y es de provecho
Para la vida
Bien bastecida;

Que la tierra tal vez sólo ha temblado
Del que avaro sus senos ha robado.
No sufre el ambicioso, que contento,
Presumió en un mortal fijar su suerte,
En cuya incierta muerte
Se desvanece su alto pensamiento;
Antes aquí más bien naturaleza
Le dió haneza,
Y honras iguales
A otros zagales,
Con firme suerte,
Hasta la muerte;

Que junto á la ambición, en cosa alguna,
Jamás juró estar firme la fortuna.
Ni se goza el pastor desvanecido
Con blason heredado, ni presume
Por ajeno perfume,
Tal vez dado á quien no lo ha merecido;
Empero á la quietud del alma atento,
Le da contento
Su fantasía;

Que es la que guía
Sus opiniones,
Dichos y acciones;
Que el cuerdo sólo á presumir se atreve
De obrar lo que le es propio y lo que debe.
No van sin lucimiento sometidos
Al mando del señor, que el mundo encumbra,
Y su virtud deslumbra,
Y aja su libertad desvanecido;
Sino libre en las juntas de pastores,
Goza favores,
No le desprecia
Soberbia necia,
Y es atendido
Con grato oído;

Que en la noche mejor la estrella luce,
Que á par del sol, que su esplendor desluce,
Ni como el vano, oído da engañado
A la música y voz de aduladores,
Aparentes loores,
Que si lo mira no le dan de grado;
Mas entre tanto que sus cabras pacen,
Libres le hacen
Las avecillas
Mil maravillas,
Con un sonido
Grato al oído;

Que aquello el hombre más siempre apetece,
Que con un querer libre se le ofrece.
Al ganadero su vianda y plato
Jamás ajena mano le dispone,
Donde ponzoña pone
Algun traidor ó servicial ingrato;
Mas estos huertos de maduro fruto
Le dan tributo
Con las tempranas
Legumbres sanas,
Y transparentes
Aguas las fuentes;

Que jamás daño encubre la corteza
De lo que al hombre dió naturaleza.
Jamás el hombre aquí la voz atiende
Del que afectó ridícula cultura;
Cuya habla al fin oscura,
Ser alabada sin razón pretende;
Mas si en su pastoril y alegre bando,
Verdad amando,
Su amor declara
Con lengua clara
Zagal sencillo,
Gozo es oílo;

Que no es loable lo que no se entiende;
Sólo amando el mortal lo que comprende,
Ni la pastora á la naturaleza
Osó mentir con cauteloso afeite;
Ni hizo usura al deleite,
Usurpando á las flores la belleza;
Antes mostró con naturales dones
Propias facciones,
Faz limpia y pura,
Simple blancura,
Donaire bello,
Suelto cabello;

Pues que la gentileza más preciada
Sólo es gentil si simplemente agrada.
En fin, pastor, si es la virtud hermosa,
Y ella sola corona de la vida,
Y en el orbe no hay cosa
Que con tan soberano bien se mida;
En esta soledad, en este prado,
La han encontrado
Las almas puras,
Que á sus dulzuras
Se alimentaron;
Hasta que hallaron
Seguro paso á aquel eterno día

Donde esta hermosa luz sus almas guía.
¡Oh silvestre mansion! ¡oh patrio nidol!
Tú solo eres, en medio de los males
Que pasan los mortales,
Consuelo dulce al ánimo afligido.
¡Dichosa sencillez, de Dios querida,

Paciente vida,
Mansion preclara,
Libertad cara,
Tranquilo puerto,
Seguro, cierto,
O amparame, ó recíbeme en tus brazos,
Libre del mundo y sus astutos lazos.

SILVIO.

Los tuyos, buen zagal, los tuyos tiernos;
No el consejo, tus brazos sólo pido;
Serán de nuestro amor nudos eternos,
Que nunca el sueño al que veló afligido,
Tan dulce el alba fué, ni tan preciada
La fuente al que de sed se halló rendido,
Cual para mi tu célebre tonada;
Y yo por ella y tu cariño blando
Me apartaré de mi intención pasada.
Y pues siempre hemos visto que cantando
Halla el mortal alivio de sus males,
Id, os ruego, algún tono concertando
Del campo, sí, del campo, mis zagales;
Ambos cantad en alternado coro,
Pues sois en letra y tono sin iguales.

ALEXI.

Pues ea, ántes que el sol sus rayos de oro
Ascienda á la mitad del firmamento,
Alexi, templa tu rabel sonoro;
Que embebecido en pos de nuestro acento,
Cual tiene de costumbre, irá el ganado.

DELIO.

Contento soy; da tú la voz al viento;
Que á responderte estoy aparejado.

ALEXI.

Sabroso campo mio,
Vida feliz, alegre y descansada,
Arboles, fuente y río,
Do mora la verdad y es apreciada;
¡Triste del que carece
Del dulce bien que el cielo aquí le ofrece!

DELIO.

Desapacible vida
Para mí, donde faltan las verdades,
La inocencia es vendida,
Engaños hay, falacias y maldades;
¡Feliz aquel se cuente,
Que escapó de tratar tan doble gente!

ALEXI.

Dulces son los albores
De Febo al que en la noche erró el camino,
A la abeja las flores,
Y al ánade el arroyo cristalino;
Pero á mí más gustosa
Me es la vida del campo deliciosa.

DELIO.

Duro es el viento airado,
Que los pinos trastorna en las montañas,
El ladrón no esperado,
Y el turbión que destroza las cabañas;
Mas para mí es más duro
El orgullo que encierra un alto muro.

ALEXI.

No al agua placentera
Así corre el coreillo fatigado,
Ni la blanca cordera
A su pastor, que pan con sal le ha dado,
Cual mi Lisi, prendada
De la vida del campo, á mi majada.

DELIO.

Nunca rehuye tanto
Paloma al alcotán que la ha seguido,
Ni el áspid al encanto
Del mago adulador tapa el oído,
Cuanto mi zagaleja

Del tumulto civil huye y se aleja.

ALEXI.

Ámeme mi pastora
Sobre los zagalejos más galanes;
Salúdeme á la aurora,
Y enguirnalde mi manso de arrayanca;
Que todo lo habré en nada,
Si del valle el placer la desagrada.

DELIO.

Si le place desprecio,
Muéstrese Fili ingrata á mis amores;
Préndese del más necio,
Corónele de rosas y favores,
Con tal que no la vea
Que á ver los ciudadanos ir desea.

ALEXI.

Al Mayo la flor ama,
La tórtola al verano, al sol el día,
Los novillos la grama,
Y el verde campo la pastora mia;
Pues amen nuestros prados
El sol, las flores, tórtola y ganados.

DELIO.

No quiere el pez ambiente,
El gamo al mar, ni oveja al lobo insano,
Ni el ave á la serpiente,
Ni mi Fili al estruendo ciudadano;
Pues la ciudad no quiera
Ni ave, ni pez, ni gamo, ni cordera.

POETA.

Estas dulces canciones
Los dos tiernos zagales repitiendo,
Iban sus corazones
En el amor del campo enardeciendo;
Cuya armonía oyendo
El coro de las aves,
Correspondió con músicas suaves.
Cuando Febo explayando
Iba su luz de la mitad del cielo,
Las sombras acortando
Las altas hayas al florido suelo;
Así que, sin recelo
Se entran en la espesura,
A gozar de su plácida frescura.

ÉGLOGA VIII

LÍCIDA, MONTANO, POETA.

POETA.

Yace un bosque del mundo más loado
Sobre el de Chipre, de beldad extraña,
Que el padre Tajo cerca recostado
De verde y oro sobre juncia y caña;
Donde con urnas de cristal sagrado
Riega el sitio mejor de la alta España;
Mansion dando, en la fértil primavera,
Al rey de cuanto el sol mira en su esfera.
Crece el fresco plantel sobre la playa,
A su frescura y amistad dispuesto;
Del quebrado cristal florida raya,
De la delicia humana alegre puesto;
Donde Vertuno su riqueza explaya,
Y el regalo mayor deja traspuesto;
Sembrando por sus cuadros y labores,
A medida del gusto sus primores.
Cuando entre estos pensiles placenteros
Se encontraron el Lícida y Montano;
Montano, el más gentil de los vaqueros,
Y Lícida, pastor tierno y lozano;
De laurel coronados sus sombreros,
Y cada cual gaban de piel galano;
Ambos del Aranjuez, ambos zagales,
Y en contender cantando sin iguales,

LÍCIDA.

Salud tengas, salud, Montano mio,
Y el cielo multiplique tu vacada;
Parte tengas del alba en el rocío,
Miel te dé el alcornoque regalada;
Las nubes te hagan sombra en el estío,
Y en tus dehesas no cuajen las heladas;
Y halles siempre en el campo tal contento,
Como yo ahora en encontrarte siento.

MONTANO.

Goces tambien, pastor, tu edad lozana,
Y guarde Dios del lobo tus corderas;
Como nieve tus mansos te den lana,
Perdone el año estéril tus pradecras;
Cojas en la aridez fruta temprana,
Y aromas ricos broten tus laderas;
Y tan grato y feliz pases la vida,
Cual para mí lo ha sido tu venida.

LÍCIDA.

Tú, libre de pasión, entre estas ramas,
Zagal, te gozas de hayas y laureles,
Viendo la hiedra fiel, viendo las gramas,
Que enlazan con primor estos vergeles;
Y te place gozar en frescas camas,
Matizadas de lirios y claveles,
Tal vez movido de la vid frondosa,
Que sobre escaños de jazmin reposa.
Pero ¿cómo tan tarde en este asiento?...
¿El ver te ha detenido la guirnalda
De árboles tantos, que sacude el viento,
Jugando con sus hojas de esmeralda?
¿O te embelesa aquí el mirar atento
De rosicler de azul, de verde y gualda
Los variados esmaltes que la aurora
En prados, fuentes y árboles colora?

MONTANO.

En este sitio, de sin par belleza,
Y en sumo grado ameno y delicioso,
Tanto, que mi atención lleva á la alteza
De un no sé qué divino y venturoso;
Que cierto aquí extremo naturaleza
Todo lo más suave y más hermoso,
Que mueve á contemplarla, como Elpino
Nos muestra con su ingenio peregrino.
Elpino, aquel pastor que de las cosas
Me enseña los principios que investiga,
Diciendo que en las selvas silenciosas
Cuanto hay, saber podemos sin fatiga.
Con él paso las horas más gustosas,
Porque el deseo de saber me obliga
A amar, con él, del campo el ejercicio,
Sobre el popular tráfago y bulleío.

LÍCIDA.

Pues ¡qué! ¿tanta instrucción el verde prado
Nos dará como Elpino te protesta?
¿Qué observación, qué estudio, qué cuidado
En esta soledad te manifiesta?
¡Oh amigo, qué al revés que lo han pensado!
Y antes de dar á tu razón respuesta,
Por diversion contarte quiero un cuento.

MONTANO.

Empiézale; que á oírte estoy atento.

LÍCIDA.

Mas hé la cueva aquí; mira, Montano,
Dónde decir he oído que dormido
Hallando los pastores un silvano,
Caída su guirnalda y muy tendido,
Con ella le asen una y otra mano,
Forzándole á cantar un ofrecido
Cuento, que te diré si acaso ignoras;
La frente y sien pintándole con moras.
Y él, riendo de la burla, les decía:
«¿Por qué me atáis? Ya entiendo vuestro juego;
Yo os cantaré la dulce canción mia;
Soltad, pues satisfago vuestro ruego;

Soltad, niños (en fin les añadía);
Que esa hermosa otra paga tendrá Inégo.
Y siendo presto de un rabel sonoro,
Con diestro pulso hirió las cuerdas de oro.

Comienza, y á saltar faunos y fieras
Empiezan al íman de su armonía;
A su compas moviéndose ligeras
Las altas ramas de la selva umbría.
Nunca Febo y sus dulces compañeras
Hacia el Parnaso colman de alegría;
Ni el Ismaro jamás admiró tanto
Del sacro Orfeo el resonante canto.

Cantó cómo los árboles un día,
Mirándose sin rey que los mandara,
Y que del campo la ancha monarquía
Jamás se vió sin cetro ni tiara,
Un justo rey á súplica pedía;
Quien, movido á su ruego, les declara
Que les deja á las plantas en su mano
El nombrar y elegir su soberano.
Con tan nueva ocasión no queda planta
Que no lo trate en popular corrillo,
Desde el ciprés, que al cielo se levanta,
Hasta el más bajo y más rapaz tomillo;
Tan grande era el deseo, el ansia tanta
De ver entre ellas un capaz caudillo,
Rey que en rienda de oro lo guiase,
Y en equidad sus causas sentenciase.

Cantó que al moral dicen que recibía,
Por cuerdo, el mando, y él no lo consiente;
Pues á su remisión contemplativa
Le es estorbo el cuidar de tanta gente.
Van á buscar la vid, menos esquivada,
Y ella, al ver de sus pámpanos pendiente
El licor que á los hombres alegraba,
Dijo que más que al mando lo preciaba.

Eligen al limón, como discreto,
Y él, en su bello fruto embelesado,
Del grave cargo dijo que, respeto
Ser tan medicinal, se halla excusado.
Nombraron al ciprés, por ser sujeto
Sobre las altas cimas ya elevado,
Y él, por lo solitario y penitente,
Dice que el grave cargo no consiente.

Nombran por rey la oliva consagrada,
Quien, amando su paz, por grave exceso
Tuvo la aceptación, pues ocupada
Se hallaba en liquidar su licor grueso.
Van á buscar la miés, quien, humillada
Confesó su flaqueza al grave peso,
Y es, que apreciaba más que todo nombre,
Darle el sustento principal al hombre.

La higuera, que doblado fruto coge,
Por él el ofrecido cargo arrima,
Y á cualquier persuasión el hombro encoge;
Que más aprecia su cosecha opima.
Al vano cardo, en fin, el vulgo escoge,
Y como el necio siempre en más se estima,
Arrogante se encarga, y ambicioso,
Del seco mando estéril y espinoso.

MONTANO.

Jamás oí tan plácida conseja,
Ni que más mereciese aplausos tantos,
Ni que muestre mejor al que se aleja
De las cargas del mundo y sus quebrantos,
Que es mucho más feliz quien más las deja,
Ulises sordo siendo á los encantos
Del vulgo, que á los vanos acomete,
Y vez ninguna da lo que promete.

Pero, volviendo á nuestro agreste bando,
¿No ves cómo á los cielos dan mil párias,
En muestra de su júbilo, ordenando
Distintos juegos, diversiones varias,
Y cuál con secos mirtos aumentando
De trecho en trecho van las luminarias?
Y atiende bien, zagal, cómo sus fuegos
A los del firmamento dejan ciegos.

LÍCIDA.

Pues ¿tú no miras las serranas bellas,
Cómo cogiendo en sus honestas faldas

Mil rosas, que envidiaron las estrellas,
Tejen en cerco en forma de guirnalda;
Y coronando sus cabellos de ellas,
Libres ondean sobre sus espaldas,
Donde cantaba Egon que amor travieso,
Revolando mil veces, quedó preso?
¿Ves que al árbol los jóvenes trepando,
Dan mil naranjas á su bien querido,
Y que otros, dulces tórtolas buscando,
A sus pastoras dan el preso nido?
Las que castañas de meollo blando,
Con amor, de su mano han recibido,
Gustando, cual la abeja entre las rosas,
El dulce queso y natas olorosas.

MONTANO.

Ya he visto que á los vientos han lanzado
Varas que le han vencido en ligereza,
Y otros, corriendo por el verde prado,
Volar á un premio no pequeña pieza;
Y otros que en contender de amor han dado,
En mil versos luciendo su destreza;
Y en fin, seguir alegres cada uno
El juego á su placer más oportuno.
Pero ¿qué corazón placer no siente,
Viendo sobrealzar en aquel bando
Las pastoreillas, que graciosamente
En torno andan, bellísimas triscando
Su inocente candor, su faz luciente,
Su sencillo ademán, su pecho blando?
¿Qué libertad no roba, á qué contento
No eleva del pastor el pensamiento?

LÍCIDA.

Mas mira tú las aves amorosas,
Entre las verdes ramas asomadas,
Y las auras que vimos bulliciosas,
Cada vez las verás más sosegadas;
Sin duda de las voces sonoras
Que en sus dulces zampeñas alternadas
Los zagalejos vienen entonando,
Al dueño de estas selvas alegrando.

MONTANO.

Si, pastor, dices bien; lleguemos breve,
Que de nuevo cantar han prevenido;
Y el gentil Tírsis, que á vencer se atreve
Aquel pastor de Venus tan querido,
Y Cintia, que en candor pasa á la nieve,
Bella cual cuentas de la hermosa Dido;
Cada cual templa ya su dulce avena,
Mientras la danza pastoril se ordena.
¿Ves cuál quitan los jóvenes del brazo
Las bandas, que zagalas van cogiendo,
Para tejer un lazo y otro lazo,
Tras las dos sueltas guías procediendo?
Verás con qué gentil desembarazo
Van de una rueda en otra revolviendo,
Y discurren del prado larga pieza.
Mas escuchemos; que el cantar empieza.

TÍRSIS.

Canta y sigue mi voz, pastora hermosa,
Galana cual la fértil primavera,
Gloria de este pensil, y más hermosa
Que en el bosque la palma placentera;
Y así á tu amor le seas más sabrosa
Que del pichon su dulce compañera,
Que acompañes el débil canto mio,
Celebrando el placer del bosque umbrío.

CINTIA.

Canta y vuelve á tu són, pastor donoso,
Lozano como el Mayo florecido;
De esta arboleda honor, y más garboso
A mis ojos que el plátano crecido;
Y así á tu bien le seas más gracioso
Que á la ovejilla el recental nacido,
Que prosigas tu tono comenzado,
Festejando el contento de este prado.

TÍRSIS.

Dichoso el que de aquí mira cubierta
La madre universal de flor preciada,
Antes del riguroso invierno yerta,
Ya de verde esperanza coronada;
Y libre del pirata, alegre puerta
Abre al sol, con sus rayos fecundada;
Y con los dones de la dulce Flora,
Del pasajero el ánimo enamora.

CINTIA.

Pues feliz el que aquí ve de la cumbre
Del monte desgajarse la abundancia,
Dando con amorosa dulcedumbre
Los antiguos collados su fragancia,
Y de ellos ve con dulce muchedumbre
Destilar leche y miel en esta estancia,
Cuando el precioso cuerno de Amaltea
Al gusto humano todo lo hermosea.

TÍRSIS.

El laurel verde y arrayan preciado,
Que á Apolo enamoró, que Venus quiso,
El pino de Cibéles estimado,
Y el bello transformado Cipariso,
Y el limpio acebo y álamo copado,
Volviendo este lugar un paraíso,
Acá y allá los trae viento sereno,
Llenando de placer el sitio ameno.

CINTIA.

La hiedra de Lieo al olmo prende,
La hermosa vid sus pámpanos dilata;
Romero, casia y cinamo trasciende,
De aljofar argentada cada mata;
Y de Ceres la mies aquí se extiende,
Cual golfo hermoso de dorada plata,
Ensortijando cada hermosa arista,
Deleitan á el olfato y á la vista.

TÍRSIS.

De entre mármoles bellos de colores
Las regaladas fuentes se deslizan,
Y el ámbar usurpándole á las flores,
Su líquido cristal aromatizan;
O ya los arroyuelos trepadores
La blanca espuma con primor enrizan,
Y en blanda risa y plácido sonido
Al corazón alegran y al oído.

CINTIA.

La alfombra de este valle se enriquece,
De verde, azul y rojo engalanada;
El clavel rey, y reina rosa crece,
De cristalina aljofar coronada;
Jazmín y azar fragancia nueva ofrece,
Y el lirio y azucena nacarada;
Dando á cualquiera que á este sitio arriba,
Grata quietud, que el ánimo cautiva.

TÍRSIS.

Aquí el venado y corderillo corre,
Saltando entre las murtas y verbenas,
Libres de que los sigan, ni les borre
Otro paso los suyos en la arena;
Cuando á la oveja el corderillo acorre,
Y ella le abraja, de retozos llena,
Y coleando el cachorro lisonjero,
Dan al pastor su gozo placentero.

CINTIA.

Aquí las aves con sonoro acento
Cantan al són de las inquietas hojas,
El colorín su amor y su contento,
Filomena sus celos y congojas;
O ya en tropa veloz cortan el viento,
Encopetados de plumillas rojas;
Y de un ramo saltando en otro ramo,
Del alma son un celestial reclamo.

TÍRSIS.

Cuando el vecino Tajo celebrado

En candal vence al líquido arroyuelo;
Cuanto por cima el trébol desmedrado
Se descuella el ciprés, alzado al cielo;
Tanto sobre el estrépito y enfado
De la ciudad me es grato el verde suelo
Y la vida del campo delicioso.
Cerrad, faunos, cerrad el bosque hermoso.

CINTIA.

Cual la aurora al perdido caminante,
O al prado lluvia que el Abril envía;
Cual al siervo la fuente resonante,
O á la abeja la flor que el vergel oría;
Así al mortal de su quietud amante
El vivir en el campo es alegría,
Y más en esta estancia regalada.
Guardad, faunos, guardad la selva amada.

TÍRSIS.

Venga el antiguo Pan de los pastores,
Su rostro de púrpura mora unguido,
Ceñida en rededor su sien de flores,
De espadaña y de lauro florecido;
Y de Arcadia los jóvenes cantores
Con él lleguen al dulce apetecido
Juego y placer de sitio tan sabroso.
Cerrad, faunos, cerrad el bosque hermoso.

CINTIA.

Dulce bien con que el cielo nos convida
Que alegre dures siglos dilatados,
Y en pastoril llaneza apetecida
Se alegren los pastores descuidados;
Del regocijo de esta dulce vida
Léjos, léjos huid, tristes cuidados;
Pues no hay cosa en el mundo más preciada.
Gozad, ninfas, gozad la selva amada.

POETA.

Así el gentil pastor iba cantando,
Y la zagala hermosa respondiendo,
A las estrellas con su són tocando,
Los álamos plateados conmoviendo;
Y el coro de zagales acabando
Los lazos que en las danzas van tejiendo,
La aurora, que por verlos madrugaba,
Las puertas del oriente purpuraba.

ZAGALES DE CARABIAS.

ÉGLOGA (1).

NOCHE PASTORIL Y FESTIVA EN LOOR DEL NACIMIENTO DE LOS DOS SERENÍSIMOS INFANTES GEMELOS, DON CARLOS Y DON FELIPE, Y DE LA CONCLUSION DE LA PAZ CON LA INGLATERRA.

ARCADIO.

CORO PRIMERO.

BATIOLO.

CORO SEGUNDO.

BATIOLO.

Salud tengas, salud, Arcadio mio;
El cielo multiplique tu vacada,
Parte tengas del alba en el rocío,
Miel te dé el alcornoque regalada;
Las nubes te hagan sombra en el estío,
Y en tus prados no cuaje cruda helada,
Y halles siempre en tus cosas tal contento
Como yo ahora en encontrarte siento.

ARCADIO.

Goces también, pastor, tu edad lozana,

(1) Entre los papeles de Forner encontramos esta égloga. Cualquiera que sea su valor poético, la publicamos con gusto por ser obra del simpático IGLESIAS.

Del gran Pelayo invictos sucesores;
Y á un mundo y á otro y otro le interesa
El efecto feliz de sus amores;
Progenie real, que en todas las edades
Será grata á los hombres y deidades.

ARCADIO.

Pero como á la falda de la loma
Más cerca arden los hachos luminosos,
Y como el corro pastoril asoma
Entre los verdes ramos más vistosos,
Yo no sé qué placer el alma toma
Al oír sus cantares deliciosos,
Que en ellos la novilla embebecida,
El regalo materno y pasto olvida.
Ellos como repican los rabeles,
La alzada pandereta y caramillo;
Cual desgajan flexibles mirabeles,
Cinamomos de olor, casia y tomillo;
Como sus ropas de pintadas pieles
Adornan de él, con ánimo sencillo;
Siguiendo alegres por el verde llano
El placer de su augusto soberano.

BATIOLO.

Mas nota tú las aves amorosas
Entre las frescas ramas asomadas,
Y las auras que oímos bulliciosas,
Cada vez las verás más sosegadas;
Sin duda son las voces sonoras
Que en sus dulces zamponas alternadas
Los zagalejos vienen entonando,
Al dueño de estas selvas alegrando.

CORO PRIMERO.

Zagales, aplaudid en esta noche
La paz, que nuestros gustos lisonjea;
Brillad, oh guía del celeste coche,
Bella Adriadne y clara Casiopea;
Todo el cielo su gala desabroche,
Pues tanto con sus dones nos recrea;
Ya el suelo, como el cielo, en paz reposa;
Gozad, hombres, gozad la paz dichosa.

Venga el antiguo pan de los pastores,
Su rostro de púrpura mora unguido,
Ceñida en derredor su sien de flores,
De espadañas y lauro florecido;
Y dando á nuestros jóvenes cantores
El beso de la paz apetecido,
Suene de hoy más su flauta sonora;
Gozad, selvas, gozad la paz dichosa.
Cuanto el vecino Tórmes celebrado
En candal vence al líquido arroyuelo;
Cuanto por cima el trébol desmedrado
Se descuella el ciprés alzado al cielo;
Tanto sobre el estrépito enconado
De la guerra, la paz es grata al suelo,
Y á las mismas deidades deliciosa,
Gozad todos, gozad la paz dichosa.

CORO SEGUNDO.

A las selvas venid, dulces pastores,
La noticia á aplaudir de más contento;
Que hoy de la angusta Luisa los amores
Han dado á nuestras ansias complemento;
Dos infantes dió á luz, dos defensores
De nuestra patria, y su mayor aumento,
En quien su heroico abuelo más se agrada;
Guardad cielos, guardad mi Luisa amada.
Regalo encantador, fruto fecundo
Del dulce amor y suertes de fortuna
La beldad dieron, que nunca en el mundo
Adoró el sol y respetó la luna;
Princesa real, que en parto sin segundo,
De Borbon ilustró la régia cuna,
De hoy más sobre los astros ensalzada;
Guardad, genios, guardad mi Luisa amada.
Cual la aurora al perdido caminante,
O al campo lluvia que el Abril envía;
Cual al ciervo la fuente resonante,
O á la abeja la flor que el vergel cria;
Así cada nacido y bello infante,
Al Rey y al reino todo es alegría,

Y guarde Dios del lobo tus corderos;
Como nieve tus mansos te den lana,
Perdone el año estéril tus praderas;
Cojas en la aridez fruta temprana,
Y aromas ricos broten tus laderas;
Y tan grata y feliz pases la vida
Cual para mí lo ha sido tu venida.

BATIOLO.

Tú, libre de pasión, entre estas ramas,
Zagal, te gozas de hayas y laureles,
Viendo la hiedra fiel, viendo las gramas
Que enlazan con primor estos vergeles;
Y te place posar en frescas camas,
Matizadas de lirios y claveles,
Tal vez movido de la vid frondosa,
Que sobre lechos de jazmín reposa.
Pero ¿cómo tan tarde en este asiento?
¡El verte ha detenido la guirnalda
De árboles tantos, que sacude el viento,
Jugando con sus ojos de esmeralda,
O te entretuvo aquí el mirar atento,
De rosicler, de azul, de verde y gualda,
Los tejidos colores, que la luna
Nos demuestra, á las sombras importuna?

ARCADIO.

¡Pues tú no ves arder flamantes teas,
Cual solemos quemar de cedro y nardo,
Que imitando á las ráfagas febeas,
Ilustran de la noche el rostro pardo?
Pues tropa es pastoril de esas aldeas,
Que al bosque viene en ademán gallardo,
A aplaudir de la paz el gran contento,
Que engrandece un augusto nacimiento.
A esto vine, zagal, y muy gustoso
(Quizá cual tú), despues que encomendada,
En un sitio abrigado y delicioso,
Dejó á Damon mi cándida vacada;
Y estoy ya de que lleguen deseoso;
Que dicen ha de haber nueva tonada
De aquella amable, aquella real pastora,
Hechizo de su España, que la adora.

BATIOLO.

¡Oh! ya me acuerdo; la gran Luisa es ésta,
Que el buen Dalmiro (1) tanto realizaba;
Y él, por haberla visto en otra fiesta,
Del Zurquen los aplausos se llevaba;
Y dijo ganó un premio en la floresta
Cantando su belleza, á quien pintaba
En lugar de la madre de las flores,
Que era el asunto dado á los pastores.
Pintóla de su corte idolatrada,
Que en multitud por verla discurría,
Cuando, en carro de oro reclinada,
A honrar el prado su beldad salía;
Por el cabello hermoso una lazada
Suelta de rosicler y argentería,
Su rostro vuelto un sol, con cuyos rayos
Sembraba abriles, derramaba rayos.
El gayo manto ondeando con plumajes
De corimbos y aljofares menudos,
Jugando por sus orlas y follajes
Erres de perlas y floreados nudos,
Y que así entre mil visos y celajes,
Se enseñoreaba de los vientos mudos,
Dando al río cristal, leche á las fuentes,
Flores al campo, olor á los ambientes.
Y añadió cómo afable y comedida
Al mundo enseñó á amar con prendas reales,
Y no tan sólo á los que tienen vida,
Pero hasta á los más duros encinales;
Y que por esto se halla tan querida
Del gran dueño de todos los zagales;
Y en pago de su amor, le ha dado el cielo
Frutos de bendición, gloria y consuelo.
Desde que á esta dulcísima princesa
Santo himeneo coronó de flores,
De dar su imperial tálamo no cesa

(1) Cadalso.

Y más en sucesión tan deseada;
Guardad gentes, guardad mi Luisa amada.
Venga en nuestra agradable compañía
La hermosa madre del amor hermoso;
Baje en alegres coros la alegría
A aplaudir nacimiento tan dichoso;
Pues con doblado bien torna en un día
El que ya en muchos se perdió lloroso,
En placeres la pena retornada;
Guardad, bosques, guardad mi Luisa amada.

Cuanto el famoso risco alza su frente
Por cima de estos infimos otros,
Cuanto aventaja el sol resplandeciente
En llama y claridad á otros luceros,
Tanto es sobre otras reinas excelente
La que á dos mundos da dos herederos,
La más feliz del orbe apellidada;
Guardad todos, guardad mi Luisa amada.

ARCADIO.

Escuche yo, Batilo, el dulce acento
De este cantar, que en nuestro bien resuena,
Y de la feroz guerra el cuello exento,
Goce la paz de aquesta selva amena;
Y el esforzado guerrador contento
Esté en su armada, de cañones llena;
Que yo por él mi suerte no trocará,
Si inestimables bienes me prestará.

BATIOLO.

Yo me imagino, Arcadio, que es bien cierto
Que si esos valerosos, que se han dado
A tan duro anhelar y logro incierto,
Con tantas turbaciones alterado,
Vieran la amenidad de nuestro huerto,
En honor de la paz tan festejado,
Sus lanzas y paveses quebrantáran,
Y el carro de sus triunfos abrasáran.

ARCADIO.

Si, pastoreillo, si; pero el anhelo
De servir á un rey justo puede tanto,
Que por él uno ya de humilde suelo
Cosas obró, que al orbe dan espanto;
La causa regia ó permission del cielo
A investigar yo nunca me adelanto;
Sólo sé que á uno y otro le debemos
Mil loas por la paz que poseemos.

Con su favor, seguro en sus majadas
Tendré el ternero y choto regalado,
Cogeré pan cual nieve en mis aradas,
De espigas y de gozo coronado,
Y en vendimias de Baco festejadas,
Espumante licor de oro bañado,
Y no habrá puesto en toda aquesta selva
Que caza en abundancia no me vuelva.

BATIOLO.

Pues mi Silena la sabrosa nata
Labrará, y queso y cándida manteca,
Frutos tiernos, teñidos de escarlata,
Y más dulce que la miel la fruta seca;
Labrará la abeja, nada ingrata,
Panal nevado en la colmena hueca,
Y presa en su sedal, le dará el río
La inquieta pesca de su albergue frío.

ARCADIO.

Así nos cuentan que la edad primera
De sencillos mortales fué vivida,
Cuando en el mundo la verdad sincera
Moró, de la alta Témis asistida,
Cuando el engaño, el arte y la ira fiera
No hallaba entre los hombres acogida;
Edad de muchas otras envidiada,
Por otra á nuestros tiempos trasladada.

Así era fama que esta paz amaba,
Cuando de ella su imperio carecía
El mayoral que nuestro bien buscaba,
Gran padre de la hispana monarquía;
Carlos, cuyo valor todo hombre alaba.
Desde el aurora al término del día;
Por quien han hecho córtés en la tierra
Las virtudes que el alto Olimpo encierra.

Bravo entre los nacidos, y apacible,
Que de dos orbes todo el peso junto
Hacer no puede á su ánimo invencible,
Que de su majestad deerezca un punto;
Contrastar sus fortunas no es posible,
Pues de un Dios tutelar hecho un trasunto,
Quiere tener en peso nuestras vidas,
Que mil veces sin él fueran perdidas.

Feliz el que de altísimas mansiones
La paz á coronarle hoy ha venido;
Que sólo entre otros ínclitos varones,
Copiar el siglo de oro ha merecido;
No sólo con los límites y dones
De Occidente y Levante enriquecido,
Mas dándole otro Oriente dos luceros,
Iris de paz tras mil combates fieros.

Pero viniendo á nuestro agreste bando,
No ves cómo á los cielos dan mil párias,
En muestra de su júbilo ordenando
Distintos juegos, diversiones várias;
Y cual con secos mirtos aumentando
De trecho en trecho van las luminarias?
Y atiende bien, zagal, cómo sus fuegos
A los del firmamento dejan ciegos.

BATIOLO.

Y tú no miras las serranas bellas,
Cómo cogiendo en sus honestas haldas
Mil flores, que envidiaron las estrellas,
Tejen en cerco, en forma de guirnalda;
Y coronando su cabello de ellas,
Libres ondean sobre sus espaldas,
Donde cantaba Egon que amor travieso
Mil veces revolando quedó preso?

¿ Ves que al árbol los jóvenes trepando,
Dan mil naranjas á su bien querido,
Y que otras dulces tórtolas, buscando
A sus zagalas, dan el preso nido;
Los que castañas de meollo blando
Con amor de su mano han recibido,
Gustando, cual la abeja entre las rosas,
El dulce queso y natas olorosas?

ARCADIO.

Ya he visto que á los vientos han lanzado
Varas, que le han vencido en ligereza;
Y otro corriendo por el verde prado
Volar á un premio no pequeña fiera;
Y otros que en contender de amor han dado,
En mil versos luciendo su destreza,
Y en fin, seguir ufanos cada uno
El juego á su placer más oportuno.

Pero lo que arrebatá mis cuidados,
Es observar del olmo en la corteza
Grabada con cuchillos delicados,
De los nuevos infantes la terneza;
Y el ver cómo en sus lienzos, de oro ornados,
Las pastoreillas muestran la belleza
De su madre, que entre ellos cuidadosa,
Parece de dos soles alba hermosa.

BATIOLO.

Tus palabras cual miel para mí han sido,
Y tu conversacion me es tan preciada,
Que por ella, pastor, diera al olvido
La prenda de mi amor más estimada;
A tratar de estas cosas te convidó
Mañana en este sitio, si te agrada;
Y ahora al pastoral corro lleguemos,
Y de la fiesta el fin observaremos.

ARCADIO.

Si por cierto, zagal; lleguemos breve,
Que de nuevo cantar han prevenido;
Y el gentil Tirsis, que á vencer se atreve
Aquel pastor de Venus tan querido,
Y Elisa, que en candor pasa á la nieve,
Bella cual cuentan de la honesta Dido,
Cada cual templa ya su dulce avena
Mientras la danza pastoril se ordena.

¿ Ves cuál quitan los jóvenes del brazo
Las bandas, que serranas van cogiendo
Para tejer un lazo y otro lazo,

Tras las dos sueltas guías procediendo?
Verás con qué gentil desembarazo
Van de una rueda en otra revolviendo,
Y discurren del prado larga pieza;
Mas escuchemos, que el cantar empieza.

CORO PRIMERO.

Salve, Carlos, galán el más brioso,
Lozano como el Mayo florecido,
De esta arboleda honor, y más garboso,
A mis ojos, que el plátano crecido;
Así á tu bien le seas más sabroso
Que á la ovejilla el recental nacido,
Que alientes mi cantar debilitado,
Pues celebra tus dichas nuestro prado.

CORO SEGUNDO.

Salve, Luisa sin par, pastora hermosa,
Galana cual la fértil primavera,
Gloria de este pensil, y más airosa
Que en el bosque la palma placentera;
Así á tu amor le seas más graciosa
Que es al pichon su dulce compañera,
Que des aliento al débil canto mio,
Pues aplaude tu gozo el bosque umbrío.

CORO PRIMERO.

¡ Oh infantes tiernos, oh tempranas flores,
Luceros que otra aurora nos envía,
Dignos de nuestro amor, nuestros amores,
Delicia de la iberá monarquía!
Vuestros gracejos, vuestros resplandores
De vuestros padres son nueva alegría,
De los remotos siglos esperanza,
En donde el mayor cetro se afianza.

CORO SEGUNDO.

¡ Oh hermosos niños, singular dulzura
De vuestra madre y padre generoso,
Objetos del amor y la ternura
Del grande abuelo, en todo ya dichoso!
El en vuestra ternura se asegura
La sucesión del reino más glorioso,
Asombro de patricios y extranjeros,
Y embeleso á los siglos venideros.

CORO PRIMERO.

Con vosotros la paz se vió nacida,
La paz, de tantas gentes deseada;
Príncipes de la paz os apellida,
Del mundo la region más apartada;
Pues por vuestra bondad ahora encogida,
¡ Cuánta cautividad será ahuyentada,
Quebrados de mil cárceles los hierros,
Y alzados con indultos los destierros!

CORO SEGUNDO.

No faltará de vuestra régia cuna
La paz, que por presagio os dan los cielos;
Y en su coro, las gracias, de una en una,
Cuidarán de adormir vuestros desvelos;
Que tiempo vendrá ya que á la importuna
Tiniebla darán luz vuestros ojuelos,
Y á los rebeldes monstruos obstinados
Hollarán esos piés tan delicados.

CORO PRIMERO.

¡ Cuánto de vuestro padre será el gozo
Al ver á cada cual, gallardo y niño,
El caballo oprimir lozano y mezo,
Cuál bayo, cuál más albo que el armiño;
Y á porfía correr con alborozo
Por alcanzar el singular cariño
De vuestra dulce madre, que en sus brazos
Mil besos os dará con tiernos lazos!

CORO SEGUNDO.

¡ Quién ya mayores veros consiguiera,
Cada vez más gallardos y briosos,
Cansar del bosque la irritada fiera,
Cuanto más fatigados más hermosos!
¡ Quién los amigos y enemigos viera,
De vuestro esfuerzo y nombre temerosos,
Cuando al amor vengais, y á vuestra vista
X á vuestra espada no haya quien resista!

CORO PRIMERO.

Pues, infantes, el campo, el campo amado
Sus primicias y dones os ofrece;
El laurel os presenta de su grado,
Y la oliva, que eterna reflorece;
Para vos el acanto nacarado,
El clavel rey, y reina rosa crece,
Tributándoos, en galas rozagantes,
Sus pinturas y olores más fragantes.

CORO SEGUNDO.

Las pastoras os rinden amorosas
Sus azafates, de azucenas llenos,
Con cidras y manzanas olorosas
Y cuanto dan los árboles amenos;
Que de hoy más no habrá plantas ponzoñosas
Que turben la inocencia de sus senos;
Antes yerbas darán para mil fines
De la humana salud vuestros jardines.

CORO PRIMERO.

Vosotros, al llegar la edad dichosa,
Que observeis la conducta de los hombres,
Cuando seais la historia portentosa
De aquellos que os han dado sér y nombres,
Con heroica altivez pundorosa
Adquiriréis clarísimos renombres,
Y del valor paterno rodeados,
Dos mundos regiréis no limitados.

CORO SEGUNDO.

A vosotros sin duda está guardado
Que en vuestro tiempo el orbe así florezca,
Que el amor, la lealtad en sumo grado,
La ciencia, la virtud y el honor crezca;
Y si algo de maldad nos ha quedado,
Vuestro ejemplo y poder lo desvanezca,
Dejando la ancha tierra asegurada
Del pavor de la guerra ensangrentada.

CORO PRIMERO.

Veráse en vuestros días de la cumbre
Del monte desgajarse la abundancia,
Dándoos con amorosa dulcedumbre
Los antiguos collados su fragancia,
Y sus troncos con grata muchedumbre
Destilar leche y miel en nuestra estancia;
Comenzando los meses bienhadados,
Que para vuestro imperio están guardados.

CORO SEGUNDO.

Entónces miraréis toda cubierta
La madre universal de flor preciada,
Antes de una intemperie adversa yerta,
Ya de verde esperanza coronada;
Y libre del pirata, alegre puerta
A la nave daré, que cogolmada
Con los dones de Oriente y de Occidente,
El valor premiará de nuestra gente.

POETA.

Así el gentil pastor iba cantando,
Y la zagala hermosa respondiendo,
A las estrellas con su son tocando,
Los álamos plateados conmoviendo;
Y el coro de zagales acabando
Los lazos que en la danza iban tejiendo,
La aurora, que por verlos madrugaba,
Las puertas del Oriente purpuraba.

El coro, al ver su luz, repitió: « Viva
Carlos con Luisa á par de sus candores,
Y de su gozo el parabien reciba
De parte de serranas y pastores »;
Alzan floridos ramos hacia arriba,
Y baten por entrambos derredores;
Fin dando al dulce juego á aquella hora
Que Febo con su luz los campos dora.